

Conclusión.

Dios nos invita a todos nosotros, como a San José, a consagrarnos totalmente a la Santísima Virgen. Quienes aún no hayan hecho esta consagración, encontrarán en el ejemplo del Santo Patriarca un aliciente poderoso para hacerlo. Y quienes ya tengan la dicha de estar consagrados a Ella, hallarán en San José el modelo más acabado de cómo vivir dicha consagración. Unos y otros, además, hemos de pedirle las siguientes gracias:

1º Ante todo, la gracia de aprender a pertenecer totalmente a Nuestra Señora, de manera a practicar con las obras lo que hemos prometido con las palabras. La consagración a María no ha de ser un acto aislado, que, una vez hecho, dejamos “archivado”, no; supone el esfuerzo continuo por darse cada vez más a la Santísima Virgen, y por dejarla disponer de todo lo nuestro con un abandono creciente.

2º Luego, la gracia de esforzarnos en alcanzar una profunda vida interior, esto es, una perfecta imitación de las disposiciones de Jesús y María.

3º Asimismo, la gracia de gozar de la preciosa intimidad con Jesús y María de que gozó San José, aprendiendo a penetrar como él en el Corazón de Nuestra Madre Inmaculada, para leer en él sus disposiciones y copiarlas es nuestros corazones; y sabiendo también abrirle a Nuestra Señora nuestro propio corazón, haciéndola partícipe de todas nuestras confidencias.

4º Finalmente, la gracia de saber gastarnos enteramente por Jesús y por María, como San José se gastó hasta la muerte, que fue una muerte entre los brazos de Jesús y María.

Así lograremos vivir el ideal trazado por San Juan Eudes:

«Vivid de la vida de este bienaventurado Corazón, tened en vuestro corazón sus mismos sentimientos, entrad en sus mismas disposiciones, seguid sus indicaciones, amad lo que él ama, odiad lo que él odia y no otra cosa; no deseéis sino lo que él desea, no os alegréis sino de lo que a él lo alegra, no temáis sino lo que él temería si todavía estuviese sometido al temor; no os entristezcáis sino de lo que lo entristecería a él, si todavía fuese capaz de tristeza; trabajad por el cumplimiento de sus designios; entregaos completamente al espíritu que lo anima, para que este mismo espíritu os posea y os conduzca en todas cosas, para que su gracia os santifique, su caridad os inflame, y sobre todo para que su celo por la salvación de las almas os devore».

**Oh Patriarca San José,
haz que llevemos una vida inocente y santa,
asegurada siempre por tu patrocinio.**

San José, modelo de la perfecta devoción a María

La Iglesia propone a San José, a quien dedica el mes de marzo, como modelo de toda virtud; mas entre todas las virtudes, hay una que brilla en San José como en ningún otro santo, y es la perfecta devoción a María. Sí, San José, el celestial Esposo de María, el Maestro de la vida interior, es también, y por excelencia, el gran modelo de la vida de unión a María, el modelo de la perfecta devoción y consagración a la Santísima Virgen.

Veamos, pues, cómo San José practicó a la perfección este importante aspecto de nuestra vida espiritual, a fin de imitar su ejemplo.

1º La devoción a María, gracia de Dios.

La perfecta devoción a la Santísima Virgen es una gracia de Dios, esto es, un don enteramente gratuito. Y eso es lo primero que vemos en San José. Pues San José fue elegido providencialmente por Dios para ser el Esposo de la Madre virginal del Salvador. Así nos lo afirma la Liturgia en la Misa Votiva de San José: «*Oh Dios, que en tu inefable Providencia te has dignado elegir a San José por Esposo de tu Santísima Madre...*». San José, conociendo esta elección divina, gratuita, sin merecimientos de su parte, correspondió humilde pero fielmente a ella, y desde ese momento no tuvo otro anhelo que el de unirse perfectamente a María Santísima, en quien reconocía a un alma santísima y privilegiada.

También nosotros hemos de ser conscientes de la grandísima gracia que Dios nos hace al llamarnos a la dulce intimidad con la Madre de Dios. San Luis María no se cansa de repetir que la verdadera devoción a María es una gracia insigne, que Dios no concede a todos los hombres, pero que se alcanza por la oración humilde y perseverante. No somos nosotros quienes decidimos un día vivir unidos a María, sino que Dios nos llamó a esta vida de intimidad con la Santísima Virgen. A nosotros nos toca corresponder a esta gracia insigne como correspondió San José.

2º La Consagración perfecta a María.

Vemos, pues, a San José llamado a una especial unión e intimidad con la Santísima Virgen. ¿Cómo empezó a vivir su perfecta devoción a María?

• Ante todo, consagrándole **su cuerpo**. En efecto, Dios lo eligió para ser el Esposo de María Santísima, esto es, quiso que le estuviese unido por el vínculo de un real matrimonio. Ahora bien, para que haya verdadero matrimonio es necesario que los esposos se entreguen mutuamente el derecho sobre sus cuerpos en orden a la procreación. Esto hizo San José, entregando a María su derecho entero sobre su cuerpo y sobre todos sus sentidos. Y para mostrar cuán perfecta fue esta entrega, al enterarse San José de que su purísima Esposa había hecho voto de perpetua virginidad, y de que le pedía que también él guardase en castidad ese cuerpo que le había entregado, San José al punto emitió el mismo voto. Es decir, San José entregó a María su cuerpo, pero se lo entregó en *castidad perfecta*.

También nosotros, por nuestra consagración, hemos entregado a María nuestro cuerpo con todos sus sentidos, con su salud, con sus fuerzas. Eso significa que hemos de saber tratarlo como templo de María; sus sentidos han de ser recatados; su actitud, su vestir y su comportamiento han de ser modestos; debemos mortificar lo que en él hay de desordenado, y cuidar su salud, no cansándolo inútilmente, para tenerlo siempre a disposición de María. Si Ella decide enviarle la enfermedad, hemos de aceptarla amorosamente y con abandono.

• San José entregó a María **su alma** con sus facultades. Le entregó su inteligencia, porque se aplicó a contemplarla a fin de imitarla. Le entregó su voluntad, porque se esforzó siempre en cumplir la menor de sus voluntades, aunque a él le hubiese encomendado el Señor la autoridad de la familia de Nazaret.

• Le entregó **sus bienes**, tanto materiales como espirituales: su tiempo, su trabajo, sus fuerzas, lo que ganaba con el sudor de su frente, y por Ella alimentaba al Salvador del Mundo; su reputación, aceptando vivir humilde y totalmente desconocido.

3º Vida de intimidad con María.

Pero la devoción de San José a María no se limitó a ser una mera entrega de cuanto era y tenía. Sobre todo fue, y de manera eminente, una **vida de intimidad** con Ella, una vida de abandono, de confianza. San José compartió toda su vida con la Santísima Virgen a título de esposo; y entre los esposos no hay secreto alguno, sino que todo lo comparten y todo se lo comunican. Como sucede a un esposo, que todo su amor y su cariño lo dirige a su esposa, así también San José se aplicó a amar con todas sus fuerzas a la Santísima Virgen.

Cuando Ella se convirtió en Madre de Dios, el amor de San José hacia la Santísima Virgen creció inmensamente, porque vio en María el camino fácil para amar más perfectamente al Redentor.

Jamás existió en esta tierra un amor conyugal tan puro y tan perfecto. Y como el amor aspira a la identificación en todo, a la unión de voluntades, de intereses, de deseos, de miras, ya podemos entrever a qué grado de intimidad llegó San José, y cuán perfectos y santos fueron siempre sus afectos para con María.

Así, San José debía: • conversar familiarmente con la Santísima Virgen; y el tema de su conversación sería el más alto, Jesús, la Redención, la gloria de Dios...; • comunicar a María todas sus penas, sus deseos, sus pensamientos, y recibir también de Ella estas mismas comunicaciones íntimas; • compartir con Ella todos sus sufrimientos, como lo vemos por la narración evangélica (dudas de San José, circuncisión, huida a Egipto, pérdida del Niño Jesús en el templo...), haciéndose de esta manera corredentor; • sobre todo, penetrar en el Corazón de María, para ser hecho partícipe por su Esposa de todos los tesoros que allí encerraba por su contemplación, y para leer sus disposiciones interiores, copiarlas e imitarlas perfectamente.

También nosotros debemos reproducir este aspecto de la vida mariana. Reducir la devoción a María a la entrega de todo cuanto somos y tenemos, sería no comprender el espíritu de esta verdadera devoción, y quitarle tal vez su aspecto más atractivo y santificador. Lo que Nuestra Señora desea al llamarnos a unirnos a Ella es que transformemos nuestra vida en una compañía incesante con Ella, en los trabajos, en los sufrimientos, en la oración, en el estudio, en el trabajo, en la vida de familia; quiere que tengamos con Ella un trato bien filial, haciéndole compartir nuestras alegrías, nuestras penas, nuestros deseos, todo lo que de una o de otra manera nos concierne. La verdadera devoción a María supone la marialización de todas nuestras relaciones con Dios y con el prójimo. Y de todo ello nos da un ejemplo acabado San José.

4º Vida esencialmente cristocéntrica.

¿Es eso todo? Ni mucho menos. San José, atraído al comienzo a una vida de intimidad con Nuestra Señora, fue el primero en darse cuenta de las disposiciones interiores de la Santísima Virgen, esto es, de que Ella tendía enteramente a Jesús, estaba lleno de El, es más, El era lo único que llevaba en su interior. San José entró en el alma de María y vio y sintió vivamente que María no vivió, no trabajó y no sufrió sino para Jesús, no tuvo jamás otros intereses que los intereses de Jesús, y que Jesús fue y será siempre toda su razón de ser. Y trató de hacer suyas las disposiciones de su amadísima Esposa, esforzándose, como María y con María, en vivir, trabajar, obrar y sufrir únicamente por Jesús. Y así, en toda esa entrega y vida de intimidad con María, San José tuvo a Jesús como fin: María no fue más que su camino perfecto, seguro, corto y fácil para llegar a Jesús. El fue el primero en practicar el «*A Jesús por María*».

¿No podríamos entonces llamar a San José *primer Apóstol de Jesús y María*? Pues el Apóstol es eso: el enviado, el representante de alguien, para cumplir una misión determinada. El enviado debe desaparecer totalmente como persona privada, para identificarse con los intereses de aquél a quien representa. ¡Qué bien supo hacer eso San José! Se identificó totalmente con Jesús y María, adoptó sus pensamientos, sus voluntades, sus intereses, y vivió y se sacrificó callada, pero eficazmente por ellos: San José colaboró así de manera eminente a la obra de la Redención, salvando y alimentando al Redentor y a la Corredentora. ¿Quién podrá negarle esta gloria?